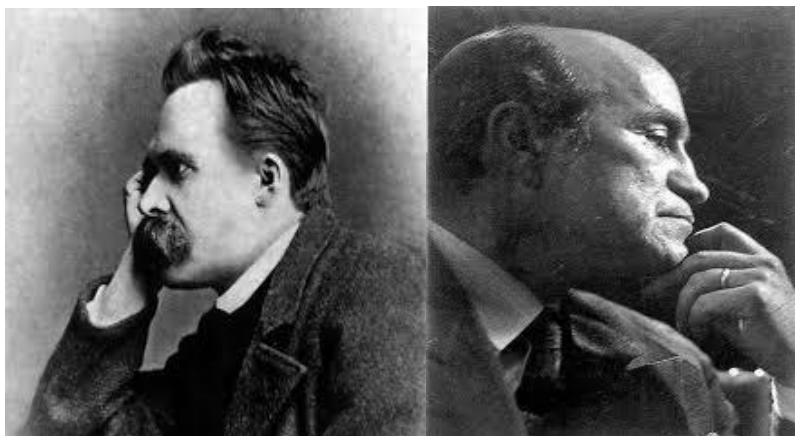


ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS EUGENIO PUCCIARELLI
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES



SOMBRAS FILOSÓFICAS EN LA LITERATURA ARGENTINA NIETZSCHE, DESDE EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

Daniel López Salort

INTRODUCCIÓN

Plantearse Nietzsche, desde Martínez Estrada, requiere desde un comienzo especificar los dos pensadores que hay en juego. Y para ello, la pregunta que todo inicia es: ¿cuál Nietzsche? Porque si hay un filósofo donde han abrevado las más dispares

interpretaciones, y las más dispares consecuencias, es precisamente la del autor de *Así habló Zaratustra*. Se lo ha tomado desde aspectos epistemológicos, o de la historia de la filosofía, desde las consecuencias sociales de sus observaciones sobre la cultura humana, o en su posición respecto a la metafísica platónica y a toda la metafísica occidental, desde las consecuencias políticas de sus postulados sobre el *Superhombre*, por nombrar algunos modos de aproximarse a Nietzsche. Veamos algunos casos.

Para Jaspers, en Nietzsche todo es tensión hacia una superación que no se logra, tiene una preocupación por la trascendencia –que él mismo lo niega-, y busca conquistar una –que no muestra, dentro de una historicidad de la existencia –y la que tampoco indica. Lo ve como un educador, que produce vértigo y es necesario profundizar, pero al mismo tiempo para abandonar luego, porque no hay en él posibilidades de superación del nihilismo en que caído el filosofar de Occidente. Filosofar con Nietzsche es ponerse constantemente contra él, concluye rotundamente Jaspers.

En Heidegger, sabemos que el Nietzsche que él observa es uno que no alcanza a superar el nihilismo denunciado, porque todavía hay un pensar al ser como “valor”.

Deleuze, por su parte, lee a Nietzsche en un eje esencial, que es la *diferencia*, que él tanto proclama, una *diferencia* que es afirmación en sí misma y no una doble negación a lo Hegel. La voluntad de poder va a obrar en síntesis de la cantidad y calidad de las fuerzas de las diferencias y van a producir entonces el eterno retorno.

En Giorgio Colli encontramos un Nietzsche que, a pesar de sus propósitos de superación de la racionalidad discursiva, no llegó a comprender la naturaleza de lo dionisiaco y lo apolíneo, confundió y llamó embriaguez a lo que era la *manía* como modo de aproximación a la realidad última de la vida, y en consecuencia se quedó en una retórica que no aportó nada más allá de sus cargas negativas.

Para Vattimo, Nietzsche es la despedida del pensamiento “fuerte” del ser, que da paso a un pensamiento “débil” que podría entregar explícitamente la esencia de lo que se busca con tanto afán. Nietzsche es quien consuma la disolución de la metafísica elaborada desde su origen griego, y quien con mayor audacia ha puesto de manifiesto que toda pretensión de verdad es sólo una interpretación.

En Deleuze, la filosofía de Nietzsche plantea tres notas características: una sintomatología, a imagen y semejanza del filósofo médico que diagnostica una enfermedad; una tipología, a imagen y semejanza del filósofo artista, que clasifica los hechos según su naturaleza y calidad; y una genealogía, que observa los hechos según la voluntad de poder que hay en juego, a imagen y semejanza de un filósofo legislador. Médico, artista, legislador, son en definitiva los conceptos claves con que aborda a Nietzsche.

Y entre nosotros podemos recordar a Víctor Massuh, quien pone el acento en que más de un siglo después la obra de Nietzsche se ha banalizado y todos sus reclamos y postulados han caído en la distorsión. El *Superhombre*, creador y dador de sentido, hoy es el amo de un planeta al que destruye ecológicamente, sin hablar de los contrasentidos y barbaridades políticas y sociales. Incluso, la robótica es la sombra amenazante que ya disputa trabajos a la especie humana. Los movimientos de izquierda y de derecha, caracterizados por el fanatismo, suelen tomarlo como fundamento de sus propuestas. Su noción de libertad promueve para muchos la desculpabilización absoluta y la ausencia de una ética mínima para la convivencia de las diversas culturas.

Este muy general vistazo sobre algunas de las interpretaciones a la obra de Nietzsche, nos lleva entonces a observar que, Martínez Estrada ha tomado a Nietzsche sin pretensiones de clasificarlo dentro de alguna corriente filosófica determinada, o diluir sus aportes según sus contradicciones, tal como se ha dicho más de una vez.

¿Y qué es lo que Martínez Estrada aborda en Nietzsche, cuáles son los rasgos que más llaman su atención? Porque de los conceptos que profundiza, sabido es que los llevará luego a su propia obra, donde desde ya podemos decir que hay un trasfondo nietzscheano, al menos un hálito, que la configura, aunque no sea la única fuente donde la escritura de Martínez Estrada se nutra.

CONCEPTOS CLAVES

1. Para Martínez Estrada, todo en Nietzsche tiene el aire de la Reforma. Es entonces más un apóstata que un predicador de un dogma ya establecido. Se convierte en un hereje surgido en la fe cristiana, abrazado a la filosofía griega de los primeros pensadores, a la música como expresión de una filosofía de las honduras. Para él, la verdad no está ya escrita, ni en un libro ni en la naturaleza, sino que se revela en la búsqueda, en la voluntad puesta en juego. Se hermana a Lutero, a Erasmo, a Giordano Bruno, incluso a Milton y también a Pascal.

2. Por todo lo anterior, su actitud ética y epistemológica se aproxima y se une más con los pensadores del Renacimiento y de la Reforma, que con los de la lógica escolástica. Así, se convierte más en un apóstol que un pensador. Es un heterodoxo consumado, que termina abrazando la responsabilidad individual más que los preceptos básicos y los criterios esenciales de los dogmas, cualesquiera fueran. Su postulado moral es en definitiva una prescripción práctica contra el nihilismo devastador provocado según su perspectiva por la sociedad cristiana.

3. Pero, para Martínez Estrada, la posición de Nietzsche contra la dogmática del saber, del creer, y del obrar, no deja de ser religiosa: tiene una fe ilimitada en ciertas condiciones humanas relevantes, como su propia voluntad de existencia. Análogamente a la fe reformista, la música y la poesía suplantán los razonamientos y los principios intocables. Erasmo y Voltaire soplan y susurran en su obra más que los silogismos aristotélicos. Es un puritano a la hora de pensar. La filosofía impartida en la cátedra y la moral dictada desde el púlpito, son sus grandes enemigos. Su vida ascética es coherente con la ascesis de sus pensamientos. Como señaló Heinrich Mann, en definitiva, hizo más por el honor de la pureza del cristianismo que por su deshonor.

4. Nietzsche es así el continuador de una mística y no de una lógica organizada y estructurada como tal en los grandes sistemas. Su fe es fe en el hombre, es como se ha dicho numerosas veces un humanismo antropocéntrico (ese aspecto que tanto atraía a Víctor Massuh), donde el *Superhombre* restituye el paraíso en la tierra. Su fe no es

iconoclasta meramente, ni un grosero materialismo ateo. Porque Nietzsche es un adorador de la vida, del ser sin dogmas preestablecidos.

5. Su escepticismo en materia de la autoridad de la razón para decidir la conducta ética apropiada es, en el fondo, luterana. Y el modo en que se entrega el hombre a sus potencias racionales para destruir la herencia cultural, es erasmista. Lo que hace contra el cristianismo filosófico es lo que Lutero hizo contra el cristianismo pontificio. Y lo que hace contra los dogmas del raciocinio es lo que Erasmo hizo en el *Elogio De La Locura*. Nietzsche, a los ojos de Martínez Estrada, es entonces un pensador auténticamente religioso, escepticismo a lo Lutero frente a la razón tomista, y actitud a lo Erasmo frente a un racionalismo devastador. Pero esta religiosidad es el resultado de una postura que gusta de las profecías, que es apóstata.

6. En Nietzsche es la cultura la verdadera biografía del hombre, su marco en su transformación hacia el *Superhombre*. La filosofía, en consecuencia, se vuelve el centro donde se resuelven los problemas de la existencia. Y culmina cuestionando a la razón como la autoridad para dirimir los dogmas que se han establecido. Pero no es que abraza un escepticismo epistemológico, sino que se lanza hacia el derecho de la vida humana a crear su propio mundo de valores. Nietzsche proclama su adhesión a la pasión, a la voluntad propia, aún al espanto y a la embriaguez dionisíaca que supieron acoger los mitos y leyendas muy antiguos.

7. Y el mundo y la existencia humana presentan así otro rostro, otra realidad superior: la estética, que es un rostro de mayor importancia que el propio pensar y que la ciencia. Filólogo en su formación, abrazó el mito y la fábula, el arte, antes que los sistemas lógicos. La ciencia quedó así reducida a una mitología más, en el más lato sentido del sustantivo.

CRÍTICAS.

1. Para Martínez Estrada, Nietzsche no se prohíbe ningún extremo, ningún límite, al que su pensamiento pudiera llevarlo. Se considera un explorador de nuevos continentes, y a ello se entrega. Se siente libre en su modo de pensar y lo expresa así muchas veces. Busca incesantemente no mentirse a sí mismo, busca llegar hasta las últimas consecuencias. Ése es su norte y su camino. Su postura es la de quien reemplaza los dogmas por las antinomias, los apotegmas por los paralogismos, la fe por las dudas y los problemas. Pero esta formulación que lo lleva a abrazar la autoridad de la voluntad de poder, sirve también para fomentar y justificar a los déspotas, a las dictaduras, a los enemigos de los derechos civiles conquistados justificadamente. Y aquí es donde Nietzsche expone una de sus grandes fallas.

2. Una civilización configurada por la razón es la que cae bajo sus condenas. Sócrates, Eurípides, son culpables de ello, también. Y el Cristo es colocado entre los censores de la vida pánica, de los que dicen “no” al ansia de lo infinito sin forma. La historia es tragedia, no exultación de la alegría. Lo dionisiaco es la música frente a la geometría. Aquí Martínez Estrada critica ácidamente a Nietzsche: porque a su entender no es Cristo la contrafigura de lo dionisiaco, sino precisamente Arquímedes. Porque confunde la política de la Iglesia romana con la pureza propugnada por el cristianismo de los evangelios. Su filosofía es una filosofía de los valores, llena de muchos rechazos, y eso simbolizado en el dios Dionysos no es sino la Libido de Freud. Sin embargo, la civilización es obra del razonamiento, de la técnica que domina la naturaleza, y hasta la música no deja de ser también pentagrama y estructura, y no meramente un impulso profundo.

3. Nietzsche tampoco critica a la llamada civilización fabril, sino que cuestiona al hombre mecanizado, a quien lo ve tan equivocado como el filósofo racionalista. Su crítica a una civilización que ha pasado de la conciencia de los valores a los valores de mercado, es acertada. Por un mundo hedónico, Nietzsche ha tenido sólo rechazo, asco, desdén, hasta lástima. La civilización así, es más hija del miedo a la muerte que otra cosa, porque la vida es espantosa también. Creer en eso que llamamos Dios, es, para

Nietzsche, la prueba suprema de la inmoralidad. Anticipó así, y a su modo, el absurdo de Kafka y de Albert Camus, los seres desesperados de Dostoievsky y hasta de Proust. Pero todos sus llamados a otro hombre, al Ultra Hombre como también se ha dado en llamarlo, no conlleva las reformas sociales de Proudhon, o Tolstoi. Su humanismo ha dejado obviamente de ser un humanismo teocéntrico, y resulta de una mezcla de helenismo con la Academia florentina del siglo XV. El *homo faber* y el *homo aeconomicus* no tienen lugar en sus consideraciones. Lo que le importa en la historia es la cultura y no las civilizaciones que han surgido. Incluso, el siempre tan mencionado tema del desprecio a las masas que profesa Nietzsche, no deja de ser verdadero. De todo esto, Martínez Estrada deduce que, en realidad, hay que dar vuelta la tesis de Sarmiento: es la ciudad la que culmina en barbarie, y es el campo el que se corona en actitudes profundamente humanas. La técnica se despega de la naturaleza y, a pesar de su origen apolíneo, termina siendo dionisíaca por sus consecuencias.

4. Martínez Estrada, escritor al fin, observa un Nietzsche en el que pocos han reparado: el Nietzsche del estilo, el Nietzsche de la pluma. Observa que construye su obra no como una estructura geométrica, lógica, sino como un poema sinfónico, hecho de repeticiones de notas *in crescendo*. El propio Nietzsche lo explicita: su pensar no responde a la ciencia positivista sino a la tragedia antigua. La impresión de que sus escritos son urgencia nerviosa, precipitaciones unas sobre otras, son ilusión; es un seductor que trata a su lector, a su público, con el mismo acoso con que el filólogo busca el significado último de un texto. Sus escritos son un fino trabajo de relojería, que no desdeña el fuego de artificios de las afirmaciones y negaciones espectaculares. Sus recursos cubren incluso juzgar a importantes pensadores con acusaciones rotundas, que ganarían los titulares de cualquier periódico sobre filosofía. Apunta y tira con ademanes de gran cazador. Sus críticas son a los adversarios que quiere eliminar, llámese Sócrates, o Platón, o Cristo, o la moral de la Iglesia.

No por nada, Lou Salomé en su texto sobre Nietzsche cuenta lo que éste le recomienda o aconseja sobre el arte de escribir, un decálogo donde se resalta que los pensamientos no sólo deben pensarse sino sobre todo sentirse, que deben dichos pensamientos rozar la poesía sin franquear el límite que los separa de ella, que la última

palabra sobre lo que se dice debe pertenecer al lector y no al autor. Es decir, su aparente apasionamiento intrépido y tumultuoso es sólo eso, apariencia, porque en él hay un escritor cuidadoso de lo que dice.

En la valoración final que Martínez Estrada hace de Montaigne, por ejemplo, se resalta su estilo de escritura, donde se rehúye el orden artificial, la orden monástica, el método geométrico, el silogismo, el pentagrama rígido. Y cuando su mirada se dirige a Nietzsche halla que su estilo es volcánico, breve y sentencioso, porque es el gran descubridor de las falsas verdades, de las falsas realidades, es decir de aquello que se tiene por realidad es siempre sólo una perspectiva, y en el fulgor terrible de su inteligencia lo que debe destacarse, su profunda demolición de la metafísica a la que nos habíamos acostumbrado. Ahí radica el nudo de la apreciación de Martínez Estrada.

5. La actitud de Nietzsche es por lo general la de un adalid que desafía, la de alguien que se plantea los problemas vívidamente, siempre en conflictos: por ejemplo, naturaleza contra historia, o las religiones contra lo Absoluto. Es un agonista declarado. Para Martínez Estrada, ni las memorias de un Julio César o aún antes la de Jenofonte, tiene ese aire de lucha y heroísmo que destilan las páginas de Nietzsche. Incluso, se pregunta hasta qué punto busca la verdad, sino más bien llevar los razonamientos hasta más allá de sus límites conocidos y por conocer, a desear siempre otras perspectivas y profundidades. Recuerda a Lefebvre, quien afirma que en Nietzsche vida personal, estilo, pensamiento, tienen el mismo rasgo de identidad: es decir la de una comunicación directa, íntima, entre pensador y lector, entre pensador y su sí mismo. Un decir las cosas más abstractas de la manera más personal y más sangrienta. La historia entera como si se hubiera vivido y sufrido personalmente. Y un construir la obra en vista de una catástrofe.

6. El interés de Martínez Estrada radica en sentir su contemporaneidad como una época agonal. La actualidad de Nietzsche tiene que ver para él con su visión de los problemas de la técnica, la mecanización de la vida y la transformación del hombre bajo el dominio del confort y del terror. En ese punto formula a la vez su crítica central. Los verdaderos enemigos de la cultura y del goce de vivir están en “la maquinaria del poder

político”, que Nietzsche no tuvo en cuenta y que el propio Martínez Estrada retoma desde otras lecturas, en donde declara claramente que es el desarrollo capitalista y no la filosofía ni la religión lo que ha provocado la caída del mundo en su corrupción. El diagnóstico de la descomposición moral de Europa que hace Nietzsche es correcto; su frontera es no haber tomado en cuenta “sino los factores éticos, religiosos y gnoseológicos, cuando la causa de los males está en haber puesto al hombre al servicio de las organizaciones tecnocráticas”.

7. Nos queda una pregunta final, después de todas estas miradas que sobre Nietzsche realiza Martínez Estrada, después de las conclusiones y apropiaciones para su propia obra que realiza, ¿qué es lo esencial que de Nietzsche queda en Martínez Estrada? Se podrían repetir los conceptos y argumentos que se han puntualizado un poco antes. Pero hay un rasgo que sobresale: y es que hay un hálito, una sombra nietzscheana (para responder al propósito del título de esta jornada que nos convoca), que impregna gran parte de la escritura y de los conceptos centrales de Martínez Estrada. Y ese hálito y esa sombra sintetizan los caminos que toman las actitudes desprovistas de religiones, pero henchidas de valores éticos, los grandes rechazos necesitados de afirmaciones que sostengan la humanidad frente al nihilismo, sin miedo o con miedo, quién puede saberlo, ante los horrores y los errores de esos caminos.